

Montañeros de Aragón

JULIO - SEPTIEMBRE 1961 — Núm. 65

Montañeros de Aragón

Z A R A G O Z A

DOMICILIO: CALVO SOTELLO, 11 — TELEFONO 36355

JULIO - SEPTIEMBRE 1961. — N.º 65

Depósito legal: Z. 76. — 1958

Elogio a "Montañeros" y a Andrés

Estoy lejos de la montaña y también del ambiente montañero. Ante mí el mar, el tranquilo mar Mediterráneo con sus deliciosas calas, abruptos roquedales y densas pinadas. Todo el paisaje esforzándose en penetrar en mi ánimo para que me maraville contemplándolo, pero, sin embargo, si el ser humano lleva una preocupación, ella le dominará, sobreponiéndose al mejor paisaje, a la manifestación más bella del arte y al más delicioso momento de amor.

Mi preocupación nace de la última Asamblea o Junta general de socios de "Montañeros de Aragón". En ella oí decir a un reciente directivo, que nuestra Sociedad era un niño pequeño, al que había que hacer persona mayor".

Generalmente, los precursores no gozan del respeto de los que les suceden y, sin embargo, gracias a ellos pueden realizarse hechos, que siempre habrán necesitado la experiencia de los que les precedieron; la conquista del Everest; la de los Polos, etcétera. ¿Es que acaso tiene más importancia hoy la travesía del Atlántico como pasajero de un moderno avión, que el viaje de ayer, realizado por Lindberg?

Cuando los fundadores de nuestra Sociedad, recorrían el desconocido Pirineo abriendo rutas, esquiabán en Candanchú y hasta lograban subir a la Raca y a La Tuca, eran, sin ironía, esforzados montañeros, pero que no solamente se limitaban a eso, sino que se extendían por otras cordilleras, buscaban el último rincón de las montañas para poder informar, ganaban copas (como la que véis de tamaño así de grande, en el local social) en competición abierta con otras sociedades, creaban el Trofeo de los 3.000 metros, tenían sus accidentes y esto no les arredraba para escalar también las cumbres de los Alpes.

Al mismo tiempo formaban lo que sería

la piedra madre de "Montañeros": los refugios. En Candanchú, el de Santa Cristina y luego el Ruso, en Sallent de Gállego, el del Formigal, en La Peña, el de Triste, también el de Valmadrid...

Pero todo esto que era un juego, iba creando sin apreciarlo, un grupo de hombres moral y físicamente para, en el momento de la coyuntura política española, formar la 1.ª Compañía de Esquiadores, que llenó de heroísmo las montañas del Valle de Tena.

Yo creo que a una Sociedad que ha formado a sus hombres, que ha creado un patrimonio y que ha sentido morir a sus socios, en aras de una idea deportiva o patriótica, no debe de regateársele una madurez bien forjada.

Y ahora, como reza el título, voy con mi querido amigo Andrés.

También oí al mismo directivo decir que "había que hacer, que el que no hace tampoco tiene críticas".

A mi parecer al que no hace lo critican, y al que hace **descabelladamente**, más todavía.

Pero como aquellas frases podían ser una velada crítica al no hacer de Andrés, voy a contar su historia, que para eso como viejo (y esto no es lo malo, sino que le añaden "zorro") he sido el "ajo" de todos los acontecimientos y tengo buena memoria:

Cuando hace ocho años llegó Andrés a la Presidencia, se le presentaron (ya procuraron acumulárselos) un buen fajo de problemas. Escudriñó entre ellos y entre sacó los fundamentales, los de vital importancia para la Sociedad.

El primero era el local social. Una

aciaga gestión había llevado a la Sociedad al nefasto local de la calle San Félix. Todos lo recordarán como el terremoto que hace oscilar los más firmes cimientos. En este asunto obró con rapidez; traslado a un piso de su propiedad en la calle de Blancas, lejos ya de vecindades indeseables. Solución retardada; el magnífico (sí, magnífico, comparado con los que tienen otras sociedades de más posibilidades económicas) local que disfrutamos, inaugurado en las Bodas de Plata de la Sociedad.

Otro de los conflictos era el intocable hasta entonces del Refugio de Santa Cristina. Yo soy testigo de los viajes que costó (no a la Sociedad), de los largos, tenaces y laboriosos forcejeos sostenidos en las conversaciones con los arrendatarios del Refugio, las enemistades que se creó defendiendo los intereses de la Sociedad para que el inmueble, los enseres inventariados y el importe de los arriendos atrasados los volviesen a disfrutar los socios, y, como anécdota, aquella vez que discutiendo se hicieron las once de la noche y cuando llegamos a Canfranc íbamos calados hasta los huesos, porque nos habíamos caído al río y, además, tuvimos que acostarnos sin cenar.

También lo he visto agotar a propietarios de autobuses, dueños de locales, arrendatarios de servicios, proveedores, etc., defendiendo las pesetas con más tesón que si fuesen intereses propios.

Yo no he tenido nunca una personalidad

acusada; siempre he tomado como ejemplo lo que me ha parecido mejor y tratar de copiar lo más posible; por eso, en tono menor, soy algo polifacético. Constantemente tengo el recuerdo de un gran montañero al que he intentado imitar: aquel inolvidable don Miguel Rábanos, al que su afición, técnica y ejemplo eran de los que hacen prosélitos. Otro ejemplar y para mí inmejorable en fotografía, creador de un gran estilo, especialmente en la de nieve, es don Aurelio Grasa. Pues bien, Andrés: tú para mí erés el ejemplo de Directivo, de Presidente, y trataré, si tengo que desarrollar actividades en algún cargo directivo, de imitar tu sencilla pero fecunda forma de realizarlas.

Y ahora, como final, me permito sugerir a la nueva Directiva, la organización de una fiesta en la que todos los socios, porque en realidad todos queremos a nuestra Sociedad, podamos manifestar nuestro afecto, pudiendo estar representada en la persona del socio número 1, don José María Serrano Vicens, e iniciar la suscripción para entregar una placa a don Andrés Izuzquiza Latre, como recuerdo de los ocho años de presidencia, solicitando únicamente, se me reserve, si es posible, ser el primero de los donantes.

MERMANOL VALENZUELA

Tarragona, 1 de abril de 1961.

JUEVES MONTAÑEROS

Después de una larga interrupción en nuestro "Jueves Montañeros", debido a no encontrar sustituto para la plaza que dejó don Francisco Ramón, otros dos entusiastas de la fotografía, o más bien, de la única actividad social que nos atraía al club, se han hecho cargo del abandonado proyector y vuelven a brindarnos el rato simpático de todos los jueves que ya empezábamos a añorar.

Los nuevos —ahora— "los del proyector", señores Vidal y Terrer, me ruegan haga

constar sus excusas anticipadas por los defectos que se puedan encontrar en las proyecciones, en las que pondrán su mayor interés y constancia pero de las que tienen poca experiencia.

Como cosa mía agregaré que no dudo del éxito de estos dos altruistas que hoy dirigen la mayor parte de la actividad visible de la sociedad, supliendo sobradamente cualquier falta de conocimientos, con un derroche de buena voluntad.

C. P. V.

NUESTRA PORTADA. — Complementando la panorámica de la página 7, la cara Norte del Vignemale se nos muestra en toda su soberbia grandeza. De izquierda a derecha: los seracs del Petit Vignemale (sólo en la foto de la página 7), lugar donde ocurrió el accidente a nuestro consocio Villarig. A su derecha la Punta Chausenque, cuyo frontón de ochocientos metros de altura ha sido escalado por primera vez por una cordada de nuestra sociedad este verano. A continuación el célebre "couloir" de Gaube y dominándolo la cara Norte del Pitón Carré, una de las más difíciles vías de los Pirineos, escalada hasta la fecha cinco veces, dos de ellas por elementos de Montañeros de Aragón. Finalmente la cara Norte de la Pique Longe, la más clásica de las vías de esta vertiente del macizo, en donde la chimenea de los Austríacos (en sombra sobre la mitad de la pared), variante que abrieron en 1936 dos de los vencedores de la famosa pared Norte del Eiger en Suiza, ha sido repetida por primera vez también por una cordada de nuestra Sociedad.—(Fotos Archivo).

POR PRIMERA VEZ...



Encordada entre mis dos bravos, me encuentro (no sé aún cómo sucedió todo tan aprisa) suspendida en el vacío sobre los abismos de este pueblecito de belén que se llama Riglos. Tiemblo de emoción, me duelen los brazos y las piernas, miro fijamente a la roca sin ver nada, miro constantemente en todas direcciones, estoy nerviosa y no sé qué hacer; intento seguir fielmente las instrucciones que ahora, la fuerte voz de Rabadá, resonando a trueno, me transmite. No, no me caeré, papá ha dicho que son de los mejores, con ellos no me puede pasar nada, son tan altos, tan fuertes, que aunque yo no sepa escalar, aunque me caiga, ellos me sujetarán. No quiero mirar al suelo, tengo miedo de tener más miedo. Mis manos tiemblan agarradas fuertemente a las presas. Quiero darme cuenta de todo pero no me doy cuenta de nada. Resuena en mi cabeza la risa de Bescós que ha dicho no sé qué a Rosario que se encuentra encima de mí. ¡¡Animo pequeña!! Es esta vez Rabadá quien me gri-

ta. "No parece que sea la primera vez que escalas", me dice. "Vas muy deprisa". Esto me anima y quiero correr más. Hace viento, mucho viento. Han clavado una clavija, pasado un mosquetón y me han sujetado a éste, en esta pequeña cornisa para que no me moviera mientras Bescós hace no sé qué por allá arriba. Rosario también está parada y como yo sujeta a la roca; me mira y se sonríe, está un poco pálida. ¿Estaré yo también pálida? Miro la cuerda que de mí va hacia ella. Ahora me doy cuenta de que me oprime mucho la cintura; me duele. Sigo la cuerda y veo allá arriba a Bescós que da fuertes martillazos. Tiene los dientes apretados y le brillan blanquísimos; ya no lleva barba, hubiera querido verle con barba, tal como le he visto en las fotografías de los periódicos a su regreso de los Andes. ¡Qué valiente es! El sí que no tiene miedo. Yo tampoco quiero tenerlo. Voy a mirar al suelo. Vuelvo la cabeza despacio, poco a poco; voy recorriendo con la vista toda la roca, la cuerda, Rabadá, el suelo, ¡allí aba-

jo está! ¡¡¡Dios mío qué lejos!!! ¡Qué alto! Me parece que me tiemblan las piernas. La vía del tren, el apeadero. ¡Qué pequeñito! ¡Qué curvas más grandes tiene el río! Noto que aunque quisiera hablar no podría. Me lastiman los dedos apretados a la roca. Peña Ruaba ya no es tan alta como parece desde abajo. Más abajo de Rabadá pasa un buitre volando con las alas quietas rozando la pared de la roca. ¡qué majestuoso! Noto que me sujetan fuertemente por un brazo, es Rabadá, no sé de dónde ha salido. ¿Tienes miedo? No. ¿Estás cansada? No. Me mira fijamente y me sonríe. ¡Qué grandote es, y qué bueno! Me dice otra vez lo que tengo que hacer. Está bien, con él no me puede pasar nada. Confiada y animada me lanzo otra vez hacia arriba. ¡Qué estupendo! Ahora parece que es coser y cantar. Bescós habla, Rabadá habla, Rosario se queja de sed. Subimos y subimos; una reunión y otra reunión. Ya están muy cerca las puntas. Pasan rápidas las nubes altas y blancas y la Mallafré las apunta como una flecha. Aquella es la Mateo Tinao. Papá le conoció en el Hospital Militar y yo también le vi una vez y guardo su poesía que me hizo llorar cuando la leía en este Boletín. Un rappel, mi primer rappel en extraplomo. Me acuerdo del Flecha que fue quien me enseñó a hacer un rappel en las clavijas de Vadiello cuando tenía siete años. Otra vez hacia arriba a la otra punta; ahora sí que ya no tengo miedo. Me duelen los brazos. ¡Qué emoción! Estoy contenta, muy contenta. ¡Qué dirá papá! ¿Se enfadará? Cómo sopla el viento; casi nos tira. Estamos en la punta más alta atados todos a una sabina y comiendo fruta para calmar la sed. Rosario ríe y está despeñada por el viento. Las tiene con su pelo. También mis trenzas están deshechas. Es bonita Rosario. Me alegro que nos fotografíen aquí, en las Puntas del Firé, para tener un recuerdo. Rabadá, de buen humor, se encarama sobre la cruz y simula clavar clavijas y sostener estribos donde ya sólo no hay más que aire: toda la roca está a nuestros pies, debajo de él, incluso la cruz.

Lo he conseguido. He hecho las cinco puntas del Mallo Firé. Estoy contenta, muy contenta. Quiero hablar, decir muchas cosas a Rosario, a Bescós, a Rabadá, pero no sé qué decir. Sólo sé reír como una tonta. Me felicitan, me dan la enhorabuena, y me dicen que soy la chica más joven que ha escalado el Firé. Antes, al firmar en el libro me han hecho poner mis años. Yo creo que toda mi vida me acordaré de esta escalada; siempre se la dedicaré a Rabadá y Bescós. Les doy las gracias por las emociones que me han hecho vivir; no importa que haya pasado miedo. No importa que me duelan los brazos, no importan los arañazos de mis piernas ni el rasguño de mi cara. Papá siempre dice a mamá que prefiere verme en la montaña con arañazos en las piernas antes que sentada en la barra de un bar con pinturas en las uñas. No, no se enfadará mucho cuando se entere; estoy deseando decir-

selo. Tendré que hacerle unas carantoñas. Ahora, estará allá abajo, en la Estación de Riglos o quizá en los chalecitos del señor Vidal o del señor Terrer. Ya parece que han pasado muchas, muchas horas desde que esta mañana llegó el tren a la Estación. Allí estábamos para ver quién venía, vino el grandullón de Rabadá (perdona) y todo fue en un minuto; le dijo a papá: ¡Hola! y mirándome, "deja subir con nosotros a la chica a Riglos, voy con Rosario y Bescós a tomar el sol". Temblé un poco porque ya estábamos de acuerdo y lo teníamos pensado; si le decíamos nuestros proyectos, hubiera dicho: "¡NO!"; pero así sólo puse pegas por la comida, el billete, ...el tren pita y Rabadá cogiéndome de un brazo no sé cómo me subió al tren sin billete y sin nada.

Bueno, ya está. Y también se está poniendo el sol cuando hacemos los últimos rappels. Bajamos corriendo hacia las casas, recojo mi falda que había dejado en casa de Pisón, y la señora María Cruz se puso muy enfadada cuando le dije que venía de escalar el Firé. Casi me asusta. Seguimos corriendo hasta la casa de don Justo, donde cenamos a toda prisa, y ¡cómo come este Rabadá y Bescós! desaparecen los alimentos de los platos a velocidad de cohetes.

Estoy contenta, muy contenta, cuando se acerca el tren a la Estación de Riglos, pero tengo un poquito de miedo pensando en "papá". Ahí está. Junto al Jefe de la Estación. Nos acercamos Rabadá y yo, y éste le dice: "Aquí la tienes; es una javata. Que te cuente, que te cuente..." Y dando media vuelta, riéndose, de un salto subió al tren cuando éste arrancaba.

Allí me quedé con papá y no puedo contar lo que pasó porque...

Bueno, señor Vidal, obedezco su mandato y escribo mis impresiones, lo que sentía, lo que pensaba, en esta mi primera escalada. Aquí lo tiene usted para que le dé forma. Para mí ésto es más difícil que escalar y mucho más complicado que las composiciones que la señorita Rothe nos obliga a hacer en el "cole".

PALA

N. de la R. — La autora de este relato, cuenta catorce años y pide demos forma al mismo, pero se estima no omitir ni un solo punto ni coma, porque todo él refleja exactamente lo que debió sentir en su primera escalada.

Añadimos además, que a los diez años subió al Aneto y tiene varios "3.000". A los seis años realizó la travesía Canfranc-Sallent por Canal Roya y la inversa por la Canal de Izas. Travesía invernal con esquís Canfranc-Sallent. Tiene en su haber más de doscientos cincuenta días de acampada. ¡Enhorabuena! Es el mejor tributo a la montaña.

CARA NORTE DE LA CHAUSENQUE

Me despierto dolorido, una piedra más gorda entre la grava que tapiza mi lecho improvisado, se me clava en la cadera sin que el par de calcetines de repuesto que empleo de colchón en los sitios estratégicos sirva de nada. Me incorporo y, al caerse el gorro de lana que me tapa los ojos, contemplo a Nanín cosa de un metro por debajo de mí, que rebulle y tiritita entre un lío de plásticos acurrucado dentro del plumífero. Mi otro compañero, Bescós, duerme un poco más arriba con su acostumbrado concierto de ronquidos en todos los tonos.

Enciendo un cigarrillo, e incorporándome, me asomo al borde de la cornisa contemplando el inmenso panorama que ilumina una luna que me tapa la misma pared en que estoy. Abajo, casi a mis pies, el glaciar de Gaube brilla cegadoramente deshaciéndose en un encaje de hilos plateados que forman los riachuelos y meandros en las explanadas de los Oulettes. Mas allá un retazo del lago de Gaube, asoma como un espejo por detrás de la montaña.

Medio dormido y ensimismado ante tan soberbio espectáculo, paso revista mental de todo lo sucedido desde nuestra salida de Zaragoza hasta este segundo vivac en la cara norte de la Punta Chausenque. Recuerdo bien el día de la partida, muchos proyectos, dieciocho días de vacaciones en perspectiva, cinco mochillas como el plomo para los tres y unas prisas más que regulares para no perder el tren. Luego el clásico viaje hasta Canfranc con militares que vuelven de permiso, cantando las mismas monótonas tonadas cuarteleras que debían cantar sus abuelos cuando la guerra de Cuba, resecos montañeses que nos miran con cara de lástima y hablan del sementero y algún montañero madrugador que empieza el fin de semana en viernes. En Canfranc, tras las formalidades de aduana, un vivac en la sala de espera de la estación, del que recuerdo con regocijo, la curiosidad y expectativa del resto de los viajeros. Y por la mañana, después de un madrugón de órdago, tomamos el tren francés que nos llevará hasta Lourdes, desde donde en coche subiremos a Pont-d'Espagne.

Situamos el campamento en Villa Meillon, una oquedad debajo de una piedra con algo de paja y unas hojadelatas para puerta, que no es como un hotel precisamente, pero resuelve el problema de la vivienda a los conformados como nosotros. Desde allí partimos al día siguiente, haciendo un reconocimiento de la pared —bastante incierto según se verá—, de manera que nos pasamos un día muy tranquilo dándonos tiempo incluso a una rápida visita al refugio de Baisellancé.

Al otro día, previsto para el ataque, salimos de madrugada y, tras remontar el glaciar, llegamos a la pared al despuntar el día. Salvamos la rimaya, que no es ninguna tontería, e iniciamos por una fisura diagonal, que es la única línea de ataque que se atisba en toda la pared. La fisura en cuestión sube al principio por el fondo de unos diedros desiguales, se corta bajo una laja inclinada y continúa más arriba, siempre en diagonal hasta perderse deformada por la perspectiva en un lío de lajas y extraplomos.

Le toca a Nanín resolver los primeros metros del muro, los que sube medio a libre sobre una roca mediana asegurado por Bescós desde el fondo de la rimaya. Por mi parte busco en el glaciar un buen sitio desde donde sigo la progresión de mi compañero hasta que alcanza un sitio para reunión, momento en que tengo que ocupar la plaza de Bescós en la rimaya para que suba hasta donde está Nanín. En este lugar transcurre para mí el resto de la mañana intentando adivinar lo que sucede por arriba y, entre tiritar, cantar desafortadamente y patalear para que no se enfríen los pies, se me pasa el rato bastante rápido. Por fin me dan voces para que suba sin desclavar, cosa que hago con mucho agrado —me refiero a no desclavar— y alcanzo a mis compañeros tras superar la fatigosa fisura. Me encuentro a Nanín sentado en un pegote de barro a la entrada de una cueva y a Bescós un poco más alto, haciendo equilibrios sobre un montón de piedras; han superado el techo de encima de la cueva y los primeros metros de la segunda parte de la fisura, pero las perspectivas por la hora y el material inadecuado, les ha decidido a celebrar un consejo en el que no tardamos en ponernos de acuerdo. Decidimos continuar hasta donde lleguen el material y las ganas aquel día, y al otro o al que sea empezando con lo que haya preparado, evitarnos uno de la media docena de vivacs que prevemos como las cosas sigan así.

Como no hay sitio para mí en la cueva se decide —muy afortunadamente— que descienda otra vez al glaciar. Recuerdo muy bien cómo a Nanín se le acentúa el color verdoso que tiene por la humedad al verme hacer los preparativos de rappel. Hasta media tarde no descienden mis camaradas. Nanín baja medio helado a aguantar quieto y mojado casi todo el día; Bescós harto de hacer acrobacias sobre malos clavos y peor roca. Les prodigo mis cuidados y volvemos a Villa Meillon bastante pesimistas sobre el resultado definitivo de la escalada.

Aquella noche estudiamos un cuidadoso

plan de ataque más de acuerdo con las perspectivas y se decide que yo baje a Tarbes a por material mientras mis compañeros hacen la cara norte del Pitón Carré, escalada que yo ya conozco y que recuerdo demasiado bien. Sin embargo, en contra de nuestro proyecto, cuando por la mañana tomo el camino de Pont d'Espagne, los otros no están en el Pitón Carré, muy por el contrario, me despiden desde la pradera donde toman el sol. Con protestas por mi parte cambian el proyecto del Pitón por el de la cara norte de la Pique Longe.

Aquella misma tarde compro los doce pitones extraplanos que soy capaz de hallar en todo Tarbes y a la mañana siguiente remonto el camino de Gaube disfrutando de la subida sin prisas ni peso, quedándome la tarde para esperar a mis compañeros en sucesivas siestas. Al atardecer regresan, vienen satisfechos y cansados, pues han hecho la chimenea de los Austriacos. Cenamos poco y, metidos en el saco me van contando las particularidades de la escalada: pocas particularidades. Bescós pasa de la conversación al murmullo y, de allí, al ronquido, en cosa de segundos. Nanín, con menos brusquedad, lo acompaña.

Al otro día que tenía que ir con Bescós a preparar un trozo más de pared abandonamos el proyecto, pues no me encuentro bien. Tomamos tal decisión después del desayuno a las tres de la mañana y, sin comentario, nos reintegramos al interior de los sacos, donde seguimos hasta bien entrado el día. Es al siguiente cuando atacamos definitivamente; al amanecer estamos al pie de la pared con todo preparado. Relevo a Nanín en la cabeza de la cuerda y subo la fisura de los diedros con más facilidad gracias a los pitones puestos y a la cuerda fija que quedó en la parte alta; me instalo en la cueva aislando previamente mis posaderas del suelo con un plástico y llamo a Bescós, que no tarda en reunirse conmigo. Sigue él por el extraplomo formado por la colección de lajas movidas y que tantos apuros le había costado pasar la primera vez; luego continúa la fisura extraplomada, pitonada también, y, tras unos pocos metros más de artificial, sale a libre por un extraplomo hasta una laja inclinada donde se propone hacer reunión.

Una vez que Nanín ha desclavado el primer largo, sigo hasta reunirme con Bescós comprobando sobre la marcha la dificultad del paso. Hacia el final, al arrancármese un pitón nos proporciona a los dos un rato extra de esfuerzos hasta que consigo salir del atasco. Sigo yo atravesando la laja en dirección a una chimenea extraplomada en que continúa la fisura que, sin la dificultad de los pasos anteriores, me hace extremar las precauciones por lo descompuesta. Alcanzo un espolón rocoso al final de ella donde de malas maneras me aseguro para subir a mis compañeros.

La siguiente tirada corta, pero bastante difícil también, es a cargo de Bescós, le ayudo como puedo a salvar el principio algo extraplomado y luego se pasa a la derecha unos metros para continuar finalmente por la famosa fisura, que vuelve a aparecer hasta una cornisa donde nos dice a gritos que caben cien. Como no es cosa de discutirlo y el día ya no va a dar mucho de sí, aceleramos y poco antes del anochecer estamos todos en la cornisa.

Aquella noche no me queda tiempo de ver el glaciar a la luz de la luna. Cada vez que intento sacar la cabeza de debajo del plástico alguna de las gotas que deja escurrir el alero que domina la pared, me hace esconderme rápidamente. Verdaderamente Bescós debió decirlo de los cien en un momento de optimismo subido, pues yo tengo que dormir plegado en una canal soportando el ruido de los goterones contra el plástico, y los otros dos se acurrucan el uno contra el otro en una cornisa que han explanado a martillazo limpio. No obstante, como en eso de dormir se nos ponen pocas cosas por delante, tampoco nos enteramos demasiado de las incomodidades.

A Bescós, que por la noche se las había prometido muy felices con la tirada de salida del vivac, le sale la cosa rana, pues la pared sigue con las suyas y la cornisa en que centraba sus esperanzas para bordear un extraplomo resulta ser una laja casi vertical con pocos y malos agarres. Con bastante dificultad consigue llegar al pie de una chimenea donde me reúno con él y por la que continúo, resultando muy abierta y difícil hasta que desaparece en unos extraplos, los que bordeo hacia la derecha hacia un nicho al pie de otra chimenea. La pared forma en este punto un gran escalón invertido y me encuentro entre los dos techos; el de encima, que hay que superar, cede un momento donde comienza la chimenea; el de debajo, a un palmo escaso de los pies, acentúa al máximo la sensación de vacío. Tengo que esperar a Bescós antes del nicho, pues el roce de las cuerdas me impiden alcanzarlo, pero antes espero que salga Nanín del vivac para reunirse con él.

Bescós consigue pasar al nicho y superar el techo, siguiendo más rápido por la chimenea hasta que me da la voz para que suba a mi vez. Las dificultades serias parecen haber terminado; de esta manera escalo por encima de mi compañero, todo a libre ansioso de asomarme arriba y ver confirmadas mis esperanzas de que allí se acabe el dichoso muro negro. Así es: la chimenea cede de pronto convirtiéndose en una canal inclinada cubierta de piedras por la que puedo subir andando. Estamos en la base de las llambrias que ocupan el segundo tercio de la pared, a más de 500 metros de la

cima, pero con los ciento y pico más problemáticos por debajo.

A partir de este punto la escalada se convierte en una carrera comparada con lo de abajo; subimos con las mochilas a cuestas y el primero con todo el material en un grueso fardo, trepando por muros verticales de excelente roca y cruzando llambrias alisadas por los hielos, muy mojadas y resbaladizas. De esta manera en un par de horas ganamos más altura que en el día y medio que llevamos de escalada. Al atardecer unas cornisas planas y amplias nos deciden a aparcar pensando que más vale perder media hora de aquel día que pasarnos una noche en cuclillas sobre una laja. Este segundo vivac promete ser más confortable.

* * *

La piedra molesta hace rato que ha volado hacia el glaciar, mis compañeros siguen durmiendo y, como me consta que no son necesarios imaginarios, decido hacer lo mismo encogiéndome dentro del plumífero en busca del calorillo; una última mirada al impresionante panorama y, cuando vuelvo a abrir los ojos, es de día. Me hace duelo dejar la ropa de vivac y empezar a preparar la continuación, pero ante perspectiva de alcanzar aquel día la cima aceleramos.

La escalada sigue con las mismas características que en las últimas horas del día an-

terior: muchas llambrias, algunas de dificultad seria, muros intermedios, canales lavadas, pero generalmente inclinadas y buena roca, aunque con muchas piedras sueltas por encima. Continuamos con la misma línea de escalada en diagonal a la izquierda en busca de la chimenea en el extremo de la pared que nos evitará los extraplanos de esquisto que la coronan por el centro, la que alcanzamos poco antes del mediodía. En su base disfrutamos por primera vez de un rato de sol en los tres días y aprovechamos para aligerar algo las mochilas de víveres.

En la chimenea la roca sigue siendo buena, pero Nanín, que va de continuo en cabeza, tiene que extremar las precauciones para no atizarnos una pedrada. En cinco o seis largos de cuerda se resuelve sin demasiadas complicaciones, pues un par de extraplomos que forma los esquivamos por el exterior, asomándonos, por fin, al glaciar de Ossue en las primeras horas de la tarde. El cielo, al contrario que en todos los días anteriores, está completamente encapotado y los negros nubarrones que nos han hecho acelerar en los últimos momentos de subida, nos empujan nuevamente en busca del descenso más rápido hacia Baisellance, sin pararnos a contemplar un panorama que bien merece la pena.

RAFAEL MONTANER



“IX TROFEO VÍCTOR CARILLA”

En la circular para socios del mes de junio se anunciaba este Trofeo y en la parte final se decía... “El itinerario trazado es de lo más bello y atractivo que existe en la zona de Canfranc, posibilitado por la facilidad de desplazamiento y proximidad de vías de comunicación.”

El espíritu que indujo a la Vocalía de Marchas a organizar este Trofeo consistía en mostrar y llevar a los elementos jóvenes a una zona para ellos soñada, a la vez que iniciarles en las andanzas de Alta Montaña, en una marcha que a la vez factible y “conducidos de la mano” por aquellos veteranos que con el obligado espíritu de camaradería debían asesorar, acompañar a los noveles a la vez que ellos reviviesen la zona ya conocida, testigo de sus viejas andanzas.

La marcha en sí, aunque suave, encauzada para los jóvenes no dejaba de tener sus alicientes para los veteranos, dado que la travesía, por la duración (una de las más largas en la historia de “Montañeros de Aragón”) y por el número de acampadas, su objetivo principal era de endurecimiento.

Claro está que con el fin de compensar la homogeneidad de marchadores, de criterios y de posibilidades físicas, la vocalía insertó en programa la ascensión al Pico Anayet, pero sin que ésta, mejorara la clasificación a los veteranos y entrenados en perjuicio de los neófitos y sin que la ascensión obligara a un esfuerzo o a un riesgo a la gran asistencia de jóvenes que se preveía, y a los que con obligada atención en todo momento tenemos que considerar.

Las modificaciones que a lo largo del recorrido se vio obligado a introducir fueron motivadas a la vista del estado físico de los menos capacitados, debilitados sensiblemente por las condiciones climatológicas del momento totalmente desfavorables.

El día 16, con más de una hora de retraso, con tiempo frío y desapacible, se dio comienzo a la salida de patrullas desde Canfranc, para ganar el primer control situado en nuestro Refugio de Candanchú.

El recorrido de este tramo no tenía ninguna dificultad en cuanto a horario se refiere, y, por este motivo, todos dieron la media horaria prevista. De aquí y después de un breve descanso, se continuaba para adentrarse en la canal de Astun, siguiendo el cauce del río Aragón durante unos diez minutos, ganar rápidamente altura por la ladera norte de La Raca y seguir hasta el circo que forma esta canal, sin dejar de hacerlo ascender casi vertical hasta el Ibón de Astun o de las Truchas, donde se encontraba el segundo control.

El fuerte desnivel salvado en tan poco tiempo, se dejaba sentir. Como el material y equipo para tres días era imprescindible llevarlo en la mochila, se acusó el agotamiento por parte de algún componente de patrullas. En este momento el termómetro debía marcar los cero grados, dato que más tarde se comprobó con el de Gaínza. La lluvia, aunque no intensa, pero sí lo suficiente para calarnos, y envueltos en la niebla, dio origen a que en este punto se efectuara la primera acampada a las cuatro de la tarde.

Las tiendas a partir de este momento cobijaron a todos los montañeros. Solamente de cuando en cuando, algún rostro asomaba para comprobar la evolución del tiempo que por momentos empeoraba. En el interior, el butano se encargaba de elaborar el famoso caldo de agua con pastillas de extracto de gallina, que en aquellas circunstancias no lo mejoraba ni las mismas gallinas. Algunos con mejor sentido, se llevaron pollos de verdad y podemos dar fe que les duraron durante toda la marcha.

DÍA 17. — A las cinco de la mañana se comprueba el tiempo; la niebla se va despejando, durante toda la noche pasada ha estado lloviendo y ahora parece que el sol desgarrará las nubes. Cuando salimos a las siete de la mañana, se nos presenta un día espléndido, sopla el viento norte y, cuando ganamos el collado por el que iniciamos el cresteo, nos maravillamos ante la presencia del Midy, grande, majestuoso, imponente, envuelto por pequeños mechones de nubes y que al estar situado a conluz de nuestras cámaras fotográficas, lamentamos no poder llevarnos una buena panorámica de este pico.

Continúa la ascensión por aquellas crestas, vamos bordeando la canal Roya; a nuestra derecha tenemos el Anayet, la visibilidad cada vez es mayor y nos permite alcanzar unos horizontes extraordinarios. A partir del Ibon de Astun y durante todo este día la marcha quedaba neutralizada por muchas razones; la principal, que el “montañero montañero” se deleitara contemplando aquellos paisajes, sin preocupaciones de reloj, de tiempos, de to-

pografía; pudiera admirar una vez más y volver a contemplar la montaña, hacer montañeros, hacer deporte de la montaña y de la montaña deporte, dejando para un último término algún resquicio de competición y tecnicismo.

Después de tres horas de cresteo, bordeando la pared final de Ganal Roya damos vista al Formigal y Sallent. Algunas patrullas se habían adelantado excesivamente con las que no podíamos tomar contacto: sin duda alguna querían “hacer” el Anayet; el resto llegamos a los Ibones de este Pico, siguiendo hasta una plataforma que domina toda la grandiosa planicie que forma el circo de Las Arroyetas y a unos veinte minutos del collado que debíamos ganar para saltar a la canal de Izas. Nos reunimos casi todos en esta plataforma y, junto a un gran nevero, descansamos y aprovechamos para desplegar las tiendas y tenderlas al sol para que se secaran (en la mañana de hoy las habíamos plegado totalmente mojadas). Efectuamos una copiosa comida. Los que en esta marcha neutralizada hemos vivido la compañía de una gran camaradería, asesorando a unos, ayudando a llevar en algunos momentos las pesadas mochilas de las jóvenes montañeras que no reblaron ante la fatiga por el espíritu que las animaba; incluso se tuvo que actuar por la lesión de Elvirín, que no quiso abandonar e hizo la marcha con el mayor de los sacrificios al producirse una lesión en la rodilla.

La ascensión al Anayet era completamente libre; la hicieron algunas patrullas y alguno (Pasa a la pág. 11)



Panorámica del “IX Trofeo Víctor Carilla” desde el Pico del Aguila (Foto Vidal).

DE TREN A TREN

(Pero del bueno)



ASCENSION AL PICO DE LA MAOLETA

Es clásico (y si no lo es, peor) el comenzar, al escribir un artículo, diciendo que te has tenido que levantar temprano, que maldita la gracia que te hace ese aparatito que hace: ¡Rinnnn! y otra serie de naderías que hagan el caso no lo hacen.

Yo me creo un poco más sensato y, ya que mis lectores tienen que "tragarse" mi palabrería, opino que debo hacérsela más agradable. Por ejemplo: yo ya no digo eso de que tuve que madrugar, hi lo del despertados. No, no, señores. Yo no lo digo. Y no lo digo, amigos, por una sencilla razón: porque ya lo he dicho.

Entren conmigo en este dédalo de letras, frases y signos ortográficos. Entren y verán cómo se desarrolla una "excursionanza" de las buenas. ¿Ya han entrado? Bueno. Entonces comencemos:

Supongamos que ya estoy en la estación. ¿Supuesto? ¡Buenos chicos! Y, como es natural, subo al tren. Un tren es eso que hace tanto ruido cuando llega. Es eso que para subir a él tienes que cambiar un billete de banco por otro que dice llamarse igual, sin banco, y que es de cartón. Es eso, en fin, que después de haber abierto la puerta para introducirte en él tienes que lavarte las manos.

El tren nos lleva a Canfranc, después de pasar por muchos agujeritos negrotos.

¡Llegamos! Nosotros muy contentos. El tren también.

Comenzamos la ascensión al pico Maole-

ta. El "sherpa" señor José abre la marcha. Como a Paco Ramón no le gustan las marchas abiertas, la cierra para que no haya corriente.

Es hermoso, muy hermoso, el trozo de ascensión a través del bosque. Pinos por aquí, pinos por allá y.. ¡Diablos, qué camino!: zig zag por aquí, zig zag por allá.. pero es bonito y lo demás no importa.

No recuerdo con exactitud si hasta la fuente de Elvira nos costó cinco minutos o tres horas; lo que sí recuerdo de una manera fidedigna es la pechugadita.. el calor..

Ya estamos en la antedicha fuente. Creo que está situada a dos mil ciento once metros y cinco centímetros.

El agua de este manantial "debía" de ser estupenda. No, no sean mal pensados. Digo que "debía" no por adaptación práctica del refrán: "Donde hay buen agua, ¡qué bien sienta el vino!", sino porque no había quien se la bebiera. Bueno, haber si que había. Mejor dicho, "hubo" uno. Pobrecito. ¡Estaba tan fría!..

Reanudamos la marcha. Yo, como hombre precavido, no sólo valgo por dos (modestia aparte), sino que vuelvo a reanudar. Cada cual, por lo que así respecta, reanuda lo que le viene a mano.

Pero "cada cual" no significa "todos". ¡No! Algunos quedaron en la fuente jugando a comiditas. Las nubes cantaban con voz irónica una musiquilla muy pegadiza que se asemejaba enormemente a la polka del "Barril de Cerveza".

Pero, ¿dónde está el Maoleta?

Hacía rato que estábamos subiendo. Ahora un repecho, luego otro y, más allá, para variar, otro.

¿Quién dijo eso de: ¡Al fin el Maoleta!? Y lo dijeron con una ilusión...

Cuando me asomé vi el Maoleta. Sí, lo vi; lo vi gordo, cónico, con su gorro grotescamente quijoteril. Y vi cómo... bueno, ya no vi más (se me cayeron las gafas).

Dejamos las mochilas en un collado y, tocando a degüello, nos dirigimos hacia el pico en cuestión. ¡Otra pechugadita! Pero no como las anteriores: ésta era así, así de inclinada. ¡Uf!

Llegamos al pie de la verdadera Maoleta. Es una especie de murallón que, circundante, corona el pico. "Muralloncete" que hay que salvar para llegar a la amesetada cumbre.

Pero ahí le duele la "Maoleta". ¡Sí, señor! Había que salvarlo. Yo lo salvé y me dio las gracias. De nada, le contesté.

Cada cual lo salvó a su manera y después firmó en un "papelico".

Y allí, en la cima, donde uno siente un algo poético, me di cuenta de aquello de que: "No todo el monte es orégano". Es verdad, yo no vi orégano por ningún sitio. Eso sí, vi muchas pachuchas edelweis y un ibón muy majote, húmedo y azulado. Pero hacía aire, y yo tenía apetito (vulgo: hambre). ¡Agur!

Bajamos rápidos hacia las mochilas; pero la voz persuasiva de Vidal nos impidió comer la tortilla. "Comeremos en Canfranc", nos dijo. Yo no sé cómo, ni por qué razón, no cayó fulminado bajo el efecto de nuestras zahirientes (más hirientes que "za") miradas.

"Comed sólo un puñado de almendras", objetó. Y comimos almendras.

Mochilas a la espalda empezamos el reestreno del descenso. Nos metimos en un embudete muy majo con pretensiones de glera, donde nos divertimos "beaucoup".

Pasamos por el ibón de Iserias, vuelta de Iserias y canal de Izas.

En esta última se abrieron las oficinas para el estómago. Horario: de tres a cuatro.

A las cuatro, salida del comedor. A las cinco y pico en Canfranc. A las seis y media en el tren "del bueno". A las siete: "Lo hemos pasado cañón", y otros comentarios, mientras el tren ese nos devuelve a nuestros hogares.

Y ese tren que tanto habíamos esperado, que por fin llegó y que ya se va; mejor dicho, se ha ido. ¿Por qué no vive para nosotros en esos puentes del invierno? ¿Por qué no vive para hacernos felices al trasladarnos a nuestras albas pistas de Candanchú?

Me gustaría, y no soy yo, sino la voz de muchos montañeros en mí, que el vocal de Esquí hiciese eco de estas últimas líneas.

Pero no un eco de esos que si gritas: ¡Pepeeee!, te devuelven un ¡Ramóóóón! como una casa. ¡No! Tiene que ser un eco lleno de carbonilla y saturado de vapor y humo. Un eco, en fin, que nos lleve con mochilas y esquís a Canfranc.

F. de SAN MIGUEL

"IX TROFEO VICTOR CARILLA"

(Viene de la pág. 9)

de los componentes de otras, y entre ellos cabe destacar la resistencia de Angel Sánchez, que efectuó dos veces la ascensión; la segunda para acompañar a un montañero deseoso de realizarla.

Después de comer, se inicia nuevamente la marcha. Se alcanza el collado y se desciende, mejor dicho, se descuelga a la canal de Izas. El descenso es bastante penoso. Elvirín, con su rodilla lesionada, retrasa el paso, pero todos sin excepción colaboran para aliviarle el penoso camino que le queda hasta la Vuelta del Pino donde se ha de instalar la segunda acampada. Después de un ca-

minar lento y fatigoso se llega al sitio fijado y se acampa. Solamente falta una patrulla que no tardó en hacer acto de presencia. En general, debido a lo largo del recorrido, al peso del material y equipo, al mal tiempo del primer día, que retrasó en parte la marcha, dió origen a la conveniencia de rectificar el itinerario, criterio apoyado por parte de la mayoría de los jefes de patrulla y amparado por el artículo del reglamento particular de la prueba, relativo a la supresión a aumento de controles y rectificación de itinerarios si llegaba el caso, se estimó desistir del control del pico de La Moleta y trazar el tramo final por la canal de Izas.

M. VIDAL CANTOS

Espolón del Gallinero

Es en Junio de 1960 cuando en compañía de Rafael Montaner me lanzo al asalto de esta caótica pared de impresionante aspecto que domina provocativa el barranco de Gotatuero en el Valle de Ordesa.

Los primeros rayos de sol dan una hermosa nota de color al reflejarse en una de las cascadas del circo, que desde unos cientos de metros salta al vacío hasta encontrar de nuevo terreno firme a nuestra altura. Mientras mi compañero fotografía tanta maravilla de color yo organizo el material que habremos de emplear.

El primer contacto con la pared es agradable ya que ofrece una buena roca con excelentes presas y mejor clavazón. Inicio por el fondo de una fisura que arranca frente a un árbol muerto, principal protagonista de las fotografías, hasta alcanzar un punto estable donde hacemos reunión.

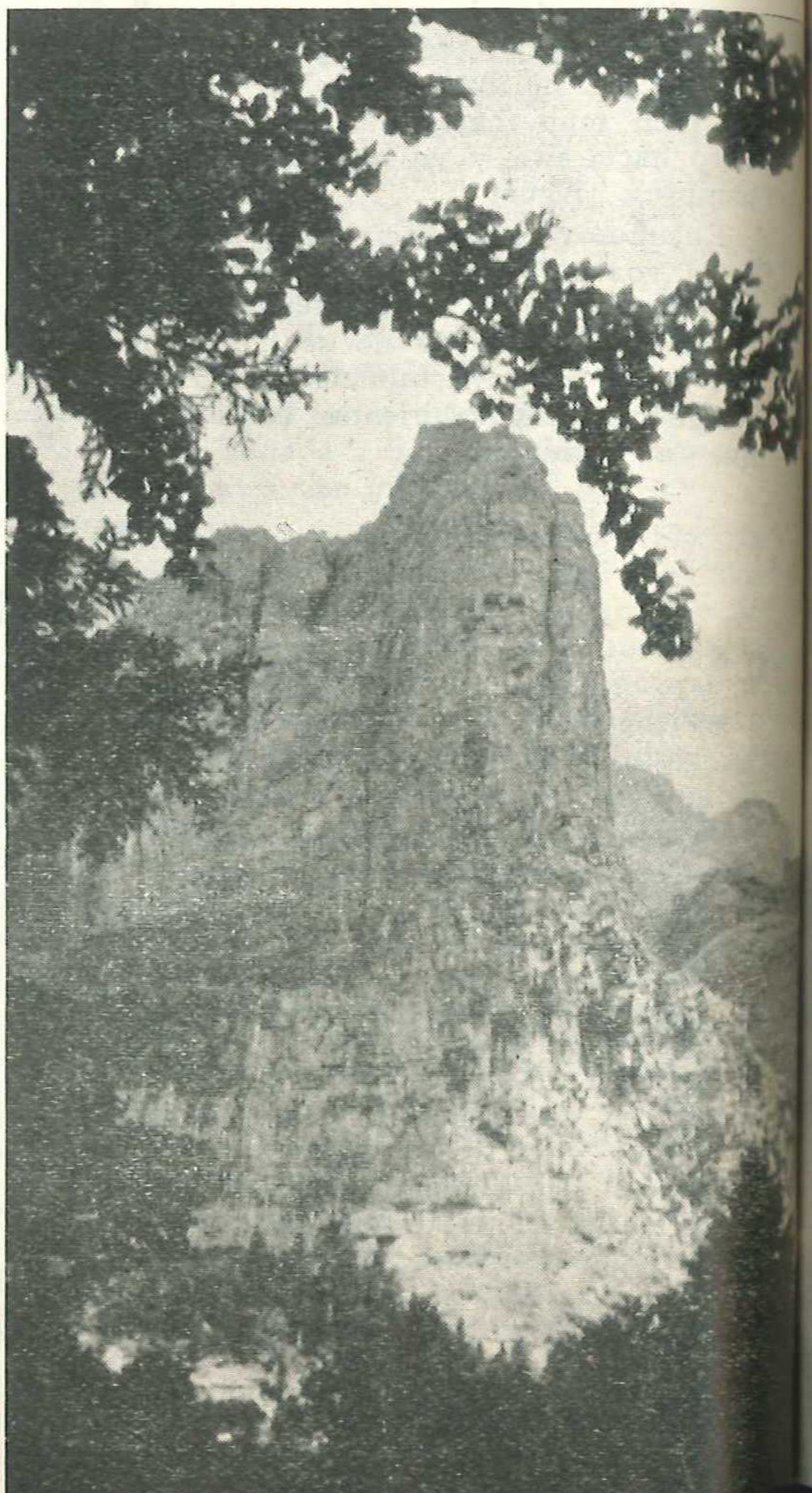
Con la mejor voluntad empieza a subir Rafael con la pesada mochila a la espalda, pero desiste de ello y a partir de entonces será izada por la "triple" que nos ha de resultar bastante más sano.

Continúa mi compañero la tirada siguiente, desplazándose a la izquierda después de intentar por encima de donde estoy. Por allí se resuelve con más facilidad... en el principio, ya que después se encuentra en una chimenea corta cerrada por un extraplomo de piedras totalmente sueltas. Lo salva saliéndose a la izquierda con muchas precauciones para no echarse el extraplomo encima hasta que consigue situarse sobre él. Continuando a la izquierda por lo que supongo debe ser una galera, pues tal es la cantidad de piedras que va tirando para abrirse camino.

Por fin me comunica a voces que ya está en terreno firme y recupera la mochila, tras la que voy yo continuando las precauciones de mi compañero, por el que acabamos titulando "paso del humo". Sigo yo en vertical unos ocho metros hasta una cornisa a la derecha difícil de alcanzar, continuando por un diedro malo de clavar que desemboca en una faja o plataforma ancha que recorre toda la extensión de la pared... En el recorrido de la faja, observo falta un trozo de unos dos metros al mismo tiempo que sobre el hueco se forma una saliente panza que promete la cosa más fácil todavía. Un buen clavo a mi lado y colgándome de él

consigo... al tercer intento tocar la otra parte de la cornisa, por entre las piernas veo a mi compañero que se está riendo por lo bajo observando mis titubeos. Pero como la risa va por barrios, un rato después soy yo el que río por lo bajo y él echa tacos por lo alto cuando en esa misma postura lo tengo posando unos "instantes" para impresionar una tentadora fotografía en el que denominamos "paso del miedo".

A unos diez metros del "pasico" reunidos ya, deliberamos el camino a seguir, optando por el diedro que se ve sobre nuestra cabezas en el cual, mi compañero, superados los cinco primeros metros, se pasa a otro que sube paralelo a su derecha y de allí al canto, por el que en un delicado libre que me recuerda algunos pasos de nuestros Ma-



El espolón del Gallinero desde el camino de Gotatuero (Foto A. Rabada).

llos de Riglos, alcanza otra cornisa. Como aún le queda bastante cuerda decide continuar hasta situarse sobre una amplia plataforma al pie de una gran laja con "visera" hacia lo alto y partida en toda su longitud por una limpia grieta que invita a clavar sólo por el placer de hacerlo.

Reunidos de nuevo y, como el día toca a su fin, decidimos aprovechar las últimas claridades para despejar la incógnita de la continuación al día siguiente. La cosa queda así aclarada, al comprobar que al otro lado de la laja pasando por debajo y continuando por un feo diedro se puede alcanzar otro rellano con posibilidades de continuidad. Dejamos esta tirada a medio clavar y nos dedicamos a "hacer por la vida", ya que desde la mañana no hemos probado más que los clásicos terrones y alguna pasa.

Hoy le ganamos a madrugar al sol ya que cuando empieza a acariciarnos con sus tibios rayos nos encontramos en la tirada siguiente a la que habíamos dejado preparada. Entre el martillar de las clavijas se oye el placentero "runrunear" de Rafael que al sentirse tan cariñosamente acariciado está a punto de dormirse de nuevo. Pronto vuelve a la realidad a dar de narices con un extraplomo, donde tiene que echar mano de todos esos artilugios a base de anillitos de cuerda que tan buenos resultados le dan en los pasos más raros.

Un nido de buitres nos sirve para reunión y punto de partida para ganar la próxima cornisa, la que se sale varios metros de la vertical de la pared. La alcanzo tras una delicada travesía horizontal hacia afuera, a fuerza de apurar las escasas posibilidades de la pared sumamente lisa. Desde esta nueva cornisa suspendida sobre el vacío contemplamos los tres techos en toda su acogedora magnitud. El primero a nuestra altura es liso y con grietas cegadas, el segundo me parece más factible de atacar; de unos quince metros de fondo, consuela una grieta que se ve al final que parece resolverá por lo menos la salida. En cuanto al tercero... en fin... no lo miramos mucho. Por encima un caos de rocas invertidas que semejan la dislocante filigrana de un alero Daliniano pone un digno remate al mismo.

Un vertiginoso diedro de redondeadas paredes conduce a mi compañero bajo un sol aplanador hasta la base del techo desde donde me recupera. Conforme voy subiendo estudio los puntos más vulnerables por donde atacar el techo, y al reunirnos se entabla una polémica ya que, según Rafael, se ve más factible por el techo que hemos dejado abajo, el cual veo yo de peor solución

que el que queda encima. Como no es cuestión de ir a comprobarlo sin intentar antes por éste accede a asegurarme, un poco a regañadientes, mientras intento por una fisura semiciega a nuestra izquierda.

Consigo superar unos metros en la fisura a costa de fiarme de un par de clavos malos y apurando los estribos justo hasta que se sale el tercero y regreso junto a mi compañero por la vía rápida. Esta caída parece reafirmar a Rafael en su criterio, pero antes pruebo por el extraplomo en nuestra vertical, en el que con cuatro buenos clavos logro tocar el techo, pero aun aquí parece que las cosas no han cambiado mucho, ya que lo pulido de la pared hace presumir que habrá que taladrar para proseguir por ella. Por otra parte la perspectiva de un abandono con semejante techo por detrás, sin haber dejado una cuerda fija que garantice el retorno, no anima precisamente, por lo que vuelvo a la reunión.

En un rappel descendemos hasta la cornisa suspendida donde a la vista del primer techo coincidimos en cuál será el camino al próximo intento. Decididamente habrá que ir por el de arriba.

Como para descender desde este punto necesitaríamos cuerdas de más de cien metros que garantizasen el poder tocar pared en algún sitio, optamos por efectuar a la inversa el paso horizontal que nos había sacado por la mañana bastantes metros de la vertical de la pared, con el fin de tender el rappel desde el nido de los buitres. Ante el temor de continuar de noche el descenso, vivaqueamos bastante confortablemente en el nido y por la mañana en un rappel casi todo volado de sesenta metros y otro de treinta escasos llegamos al suelo. Poco después nos hallamos "repostando" en el "Grifo del Gallinero", copiosa fuente que mana en un grueso chorro toda el agua de un barranco de caudal respetable.

* * *

Agosto, 1961. — Es de noche cuando sudorosos y jadeantes subimos por el camino serpenteante que entre pinos y hayas nos dejará de nuevo al pie del Espolón.

Un alto en el camino junto al torrente nos permite contemplar la inmensa mole que con sus, no menos de trescientos metros fuera de la vertical, se yergue retadora ante nosotros. Al pie de ella, dormimos.

Me parece todavía no haber cogido el sueño, cuando Navarro, que es mi compañero circunstancial, me "sugiere" que ya es hora de despertarse. Así lo hago... mientras

subo los primeros metros de la pared, casi una hora después tras haber desayunado copiosamente junto al "grifo".

Como pisamos terreno conocido, los largos de cuerda se suceden a buen ritmo, alcanzando la cornisa suspendida con tiempo suficiente para dejar preparado parte del último diedro, en cuya labor se nos ha echado la noche encima.

Por la mañana termina Navarro la tirada que quedó a medio preparar, asegurándose en los clavos que pusimos para rappel el año pasado, y me reúno con él preparándome para dar la batalla definitiva a esta pared. Aprovechando los clavos que en buena hora quedaron puestos, subo los tres metros que me separan del techo, en el cual logro colocar otro pitón del que, colgado, alcanzo una semiciega fisura que me vale para avanzar un par de metros precariamente. Una pitonisa "made in circunstancias" en un trozo liso —que se desprenderá sólo más tarde sin consecuencias pero con el consiguiente susto—, y continúo la artificial, pitonando por el resalte que me he encontrado bajo una laja descompuesta que desprendo. Unos metros más allá alcanzo un nicho formado en el fondo de dos lajas suspendidas al final del techo, donde mientras dispara Navarro unas fotografías, contemplo el embriagador vacío que se abre a mis pies; unos metros bajo ellos la pared se corta, volviendo a aparecer a mi vista un centenar más abajo y varios más adentro de la vertical en que me hallo.

Después de haber dejado bien atado el pasamanos, que en previsión de una posible retirada colocamos, pasa Navarro, tras lo que en la incómoda posición en que me encuentro me parecen siglos. Continúa él en oposición entre las dos lajas en las que se forma la cueva, consiguiendo llegar a una fisura que es el único sitio con posibilidades para continuar; la sube a base de escarpas y otros hierros grandes hasta asomarse sobre una arista que nos oculta la parte superior de la pared. A grandes voces me comunica que lo que nosotros creíamos un caos de extraplomos es en realidad una serie de cornisas, en la primera de las cuales se asegura para hacer reunión. Por mi parte me apresuro a abandonar el infecto nicho, que parece ideado para un martirio chino, y una vez que he llegado a donde está mi compañero, hago un largo de cuerda a tope en el que alcanzo, casi de noche, otra cornisa donde preparamos el segundo vivac.

Algo inquietos por la poca agua que que-

da en proporción a la pared por subir aún, nos sumimos en un reparador sueño que nos devolverá algunas de las energías que nos van a hacer falta.

Con los albores del día estamos ya en movimiento y, en la confianza de encontrar agua más arriba, terminamos con un bote de melocotón, que es el único resto de cosa líquida que nos quedaba, haciendo desaparecer parte del áspero reseco de boca. Un rato después, de nuevo en acción, nos desplazamos diagonalmente a la derecha, entre un dédalo de cornisas que cruzan la parte alta de los tres techos, en las que verdaderamente se echa un poco en falta algo de base al estar sobre tanto vacío, y alcanzamos la zona de fajas herbosas en las que vista la abundancia de ellos titulamos "Jardín de los Claveles". Se ve que la sed nos vuelve románticos.

Afortunadamente antes de meternos otra vez en la roca encontramos un pequeño manantial en una canal, el que casi agotamos, y con el repuesto de agua y lo que la ha acompañado, iniciamos la parte alta del espolón surcada por una chimenea en que se centran nuestras esperanzas de terminar la escalada con cierta rapidez. En los primeros metros tenemos que desistir de ir por la chimenea y escalo un diedro en el que se puede clavar bien, y hacia la mitad, recupero a mi compañero que se encarga de subir el resto del diedro, ligeramente extraplomado por arriba. Después subo a mi vez una especie de canal con zarzas y mucha tierra en el fondo que continúa en una fisura estrecha que tengo que superar a base de hacerme polvo las rodillas, otro tramo de canal con tierra me permite parar para efectuar un relevo.

Unos metros más arriba, Navarro sube una bonita chimenea, que ni hecha a medida de cada talla, por la que se progresa con rapidez; y tras nueva reunión, ya de noche, seguimos apresuradamente hacia la cima salvando dos largos de cuerda por una chimenea engañosa que aparenta unos techos en la oscuridad, que resultan —afortunadamente— buenos de pasar. En otro largo de cuerda más a cargo de mi compañero oigo algo de arriba y, apresurándome aún más, me encuentro enseguida trepando por una ladera herbosa cubierta lo mismo puede ser de edelwais, que de margaritas sobre los que reposaremos aquella noche, que bien merecido lo tenemos.

ALBERTO RABADA

I Campamento Scout del grupo "San Jorge" de "Montañeros de Aragón"



IMPRESIONES DE UN ACAMPADO

Son las siete de una luminosa mañana del mes de julio. El sol ya luce con todo su esplendor. Más madrugador que nosotros —que temprano debe levantarse el sol—, ya asoma cálido, sobre los tejados de la estación del ferrocarril.

Nos han citado para hoy, día 16, a las siete y cuarto, pero ya quince minutos antes, cuando yo llego, casi todos mis compañeros, los que van a ser mis camaradas durante dieciséis días, se encuentran en la estación. Se ve que la misma impaciencia que no me ha dejado dormir esta noche, ha molestado lo mismo a todos.

Después... el pasar lista, despedirnos de nuestros padres, el subir con todo orden al coche especial puesto a nuestra disposición. Arranca el tren y los últimos adioses, desde las ventanillas, llenan de alegres gritos los andenes.

El viaje, como todos los que reúnen un grupo tan juvenil, tan alegre como este nuestro, el Grupo Scout "San Jorge" de "Montañeros de Aragón".

Muchos sabemos que, después de veinticinco años, éste es el primer campamento de una nueva, y quiera Dios que eterna, era del Escultismo en Zaragoza. Sabemos que vamos a acampar donde hace veintiocho años, un grupo de exploradores de España, nuestros antecesores, dejaron excelente recuerdo de su paso. Algunos de los que ahora son nuestros jefes y nos acompañan, tenían nuestra edad de muchachos cuando estuvieron allí, y nos parece ver en sus semblantes una emoción contenida por la alegría, contagiosa, de nuestro Grupo.

En Sabiñánigo cambio de tren por autocares, también especiales y también preparados de antemano.

Carretera adelante pronto penetramos en el Valle de Tena. Ya estamos en los Pirineos y los primeros picos nos impresionan. Más adelante, otros más altos nos hacen olvidar aquéllos y, después, otros, a éstos.

Luego de un viaje demasiado corto para nuestro placer y largo para nuestra impaciencia, llegamos a Escarrilla: un pueblecito pequeño, característico de la montaña y con una simpatía en sus vecinos y veraneantes, que nos emociona. Luego sabríamos de la ayuda y facilidades dadas por los moradores de este pueblo con sus autoridades a la cabeza.

Nos encaminamos a lo que va a ser nuestra ciudad de lona durante dieciséis días.

La vista de nuestro campamento, antes de llegar a él, es admirable. Quien más quien menos se ha traído un recuerdo, gráfico o varios, del magnífico panorama. También nos sorprende, y con agrado, claro está, que todo esté ya instalado, y así nos evitamos el trabajo de tener que montar las tiendas y servicios. Llegamos y ya... a nuestras tiendas.

Si fuera a seguir paso a paso, como hasta aquí, la vida de nuestro Campamento, mi relación se haría interminable. Por ello, a vuelapluma, he de recoger una impresión general de todo.

Hemos trabajado: en la cocina: en el campamento. Nuestro lema "SIEMPRE LISTO" nos obligaba a ello en todo momento, con la alegría de un juego. Yo creo que precisamente la mayor virtud de nuestro Movimiento Escultista, está en hacernos ver, del trabajo, un juego. Y así hemos jugado a cocineros, zapadores y otras muchas cosas. Y también hemos hecho excursiones, unas a pie y otra, al Balneario de Panticosa, en autocares. Hemos subido a los lagos de Brazato, al ibon del Es-

carra, y los mayores han ido a los de Sabocos; todo esto ya en la alta montaña. Nuestros fuegos de campamento, cuando razones especiales no los han impedido, han amenizado nuestros finales de jornada y nos ha sorprendido ver las extraordinarias dotes de actores de algunos camaradas de campamento, especialmente de nuestros "pequeñajos".

Y hablando de éstos, ¡qué estupenda manada de Lobatos la que estaba en el Campamento! Ciertamente que todos hemos tenido un excelente comportamiento, según dicen nuestros jefes, pero los Lobatos son "los mejores" haciendo honor a su lema. ¡Buena simiente queda sembrada con ellos, en nuestro Grupo Scout!

Hemos tenido de todo en el Campamento y, salvo algunas ligeras indisposiciones de varios acampados —culpa de tomar demasiada agua—, y alguna que otra indigestión —culpa de comer demasiado—, todo ha sido agradable, hasta las dos o tres pequeñas tormentas que han roto la monotonía de un cielo permanentemente azul.

En resumen, nuestro primer Campamento, primero del Grupo y también para la mayor parte de nosotros, merece la calificación de EXCELENTE.

Y pecaría, o pecaríamos, pues me considero vocero de todos los acampados, de ingratitud, si omitiera reseñar, aunque sea someramente, la labor; el trabajo; los desvelos que hemos proporcionado a esas madres de algunos acampados, madres de todos nosotros en esta ocasión, que nos han acompañado, acampadas en las proximidades de nuestro Campamento. Las hemos visto en la cocina —gracias a ellas se ha comido bien guisado y a su hora—; las hemos visto atendiendo a los enfermos, junto con nuestro "Javi" y, hasta las hemos visto en el río, lavando la ropa de algunos acampados e, incluso... lo que no era la ropa de algún pequeño. Merecen un homenaje y, sirva esto, a falta de otro más autorizado, como expresión de nuestra gratitud.

Capítulo aparte merece el acto que se celebró el día 25, festividad de Santiago.

Desde muy temprano, ya el campamento alborozaba de alegría. Todos habíamos hecho el día anterior, o nos habían hecho hacer, limpieza general de nuestros uniformes y personas. La "cosa" merecía la atención. Nada más y nada menos que llegaban de Zaragoza dos autocares con familiares de muchos de nosotros y antiguos Jefes de Exploradores, que venían a comprobar si era cierto de las excelencias de nuestra estancia, tal y como nos cansábamos de relatar en nuestras cartas, los que escribíamos. Algo así como si vinieran de "inspección".

Pero además, como deferencia a este pueblo de Escarrilla y sus autoridades, que tan amablemente nos habían recibido y atendido, íbamos a celebrar, en una pradera junto mismo al pueblo una Misa de campaña, que ya hacíamos diariamente en el Campamento, y la Promesa de algunos Lobatos que hicieron su preparación en el Campamento.

Y así fue: llegaron nuestros familiares. Sorpresa para algunos. Unos agradable, pues no esperaban la visita; otros, desagradable, pues la esperaban y no llegó. Seguidamente la Santa Misa. Presidiendo, junto a nuestros Jefes, las autoridades del pueblo y, rodeando nuestra formación, todos sus vecinos, veraneantes y nuestros familiares... Olvidaba reseñar que, por en medio de todo, estaban los fotógrafos y "cameraman".

Al final de la Misa, oficiada por uno de nuestros capellanes, el Padre Alfredo, el Acto de la Promesa de los Lobatos.

Sorprendió gratamente —a nosotros no, que ya lo conocemos—, el ceremonial de esta Promesa de estos futuros Scouts.

Después de unas palabras del Ayudante de Lobatos, señor Cano, y otras del Jefe del Grupo, señor Tomás, terminaron estos actos que gustaron mucho al pueblo.

Y para terminar —pues temo me esté poniendo pesado— nuestro regreso.

Entonces no tuvimos la suerte de que unos Jefes y Escultistas, se quedaran a desmontar el campamento, lo mismo que fueron, dos días antes de su iniciación, a montarlo. Y fuimos nosotros los que tuvimos que "apechugar" con todo el trabajo. Menos mal que nadie "escurió el bulto", y así, trabajando todos, en pocas horas quedó el sitio, donde había estado instalado nuestro pueblo de lona, como si por allí no hubiera pasado nadie. Trasladados los bultos y equipajes al pueblo, gracias al "jeep" del señor Peirona, y después de comer, subimos a los autocares que nos conducirían a Sabiñánigo y, desde allí, en ferrocarril, a Zaragoza.

Y llegamos al final, al final de mi "rollo" y al final de nuestro Campamento. Nuestra llegada fue "sonada". Las notas de nuestro himno retumbaban en el vagón, saliendo por las ventanillas al exterior, como cascada de alegría por nuestro feliz regreso y nostalgia por haber terminado este 1.º CAMPAMENTO del GRUPO SCOUT "SAN JORGE" DE "MONTAÑEROS DE ARAGON", que tan profundo recuerdo ha grabado en nuestros corazones.

TOMAS TOMAS

